

A continuación encontrarás una muestra del libro  
«La vida cristiana normal».

Puedes adquirir el libro aquí:  
<https://www.editorialunilit.com/la-via-cristiana-normal>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros  
por el correo [info@editorialunilit.com](mailto:info@editorialunilit.com)



# LA VIDA CRISTIANA NORMAL

SEGÚN EL LIBRO DE ROMANOS



CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA

# Contenido

Prefacio.....	5
1 La sangre de Cristo .....	7
2 La cruz de Cristo.....	29
3 La senda del progreso: <i>Saber</i> .....	47
4 La senda del progreso <i>Considerar</i> .....	63
5 La división de la cruz .....	89
6 La senda del progreso: <i>Presentándonos ante Dios</i> .....	103
7 El propósito eterno .....	113
8 El Espíritu Santo .....	129
9 Significado y valor de Romanos 7 .....	161
10 La senda del progreso: <i>Andar en el Espíritu</i> .....	187
11 Un cuerpo en Cristo .....	215
12 La cruz y la vida del alma .....	237
13 La senda del progreso: <i>Llevar la cruz</i> .....	261
14 La meta del evangelio .....	285
Notas .....	305

## LA SANGRE DE CRISTO

¿ Qué es la vida cristiana normal? Desde el principio haremos bien en analizar esta pregunta. El objetivo de estos estudios es mostrar que es algo diferente de la vida que lleva un cristiano promedio. Es indudable que un análisis de la palabra escrita de Dios —por ejemplo, el Sermón del Monte— nos lleva a preguntarnos si alguien ha llevado esa clase de vida en la tierra, *aparte del Hijo de Dios*. Precisamente en esta cláusula encontramos la respuesta a nuestra pregunta.

El apóstol Pablo nos da su propia definición de la vida cristiana en Gálatas 2:20: “...y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”. Aquí él no está declarando algo especial o peculiar—ni un alto nivel de cristianismo. Creo que él está presentando lo que para Dios es normal en un cristiano, lo cual puede resumirse en estas palabras: Yo ya no vivo más, sino que Cristo vive su vida en mí. En su palabra, Dios deja bastante claro que solo tiene una respuesta para cualquier necesidad humana: Su Hijo Jesucristo. En todo Su trato

con nosotros, Él obra haciéndonos a un lado y poniendo a Cristo en lugar nuestro. El Hijo de Dios murió en nuestro lugar para que fuéramos perdonados; Él vive en lugar de nosotros para que seamos libres. Así que podemos hablar de dos sustituciones: tenemos un Sustituto que murió en la cruz que asegura nuestro perdón, y un Sustituto que llevamos dentro y que nos asegura la victoria. Nos será de mucha ayuda y nos evitará mucha confusión, si mantenemos este hecho constantemente delante de nosotros; Dios responderá a todas nuestras preguntas en una sola manera y solo de una forma, es decir, mostrándonos más de Su Hijo.

## **Nuestro problema doble: Los pecados y el pecado**

Tomaremos ahora como punto de partida para nuestro estudio de la vida cristiana normal la grandiosa exposición de ella que encontramos en los primeros ocho capítulos de la epístola a los Romanos, y nos acercaremos a nuestro objetivo desde un punto de vista práctico y experimental. En primer lugar, será de gran ayuda indicar que esta sección de Romanos naturalmente se divide en dos partes, y ciertamente hay asombrosas diferencias en la materia objeto de esas dos partes.

Los ocho primeros capítulos forman una unidad en sí misma. Los primeros cuatro y medio capítulos del 1:1 al 5:11 forman la primera parte de esta unidad y los capítulos tres y medio restantes del 5:12 al 8:39 forman la segunda parte.

Una lectura cuidadosa nos muestra que la materia a tratar no es la misma. Por ejemplo, en la disertación de la primera sección, encontramos que se da preeminencia a la palabra “pecados” en plural. Sin embargo, en la segunda sección, esto cambia, porque mientras que la palabra “pecados” solo ocurre una vez, la palabra “pecado” en singular se usa una y otra vez y es el principal objeto que se trata. ¿Por qué es esto?

Es porque la primera sección trata de la cuestión de los pecados que yo he cometido delante de Dios, que son muchos y que se pueden enumerar, mientras que la segunda, trata de la cuestión del pecado como un principio que se encuentra en mí.

No importa cuántos pecados cometa, siempre es el pecado como principio el que me lleva a cometerlos. Necesito el perdón de mis pecados, pero también necesito libertad del poder del pecado. El primero se centra en mi conciencia, y el segundo, en mi vida. Puedo recibir perdón de mis *pecados*, pero debido al *pecado* todavía no tengo paz permanente en mi mente.

Cuando la luz de Dios brilla por primera vez en mi corazón, mi única súplica es pedir perdón, porque me doy cuenta que he cometido pecados delante de Él. Pero una vez que he recibido el perdón de mis pecados, hago un nuevo descubrimiento: descubro el pecado que mora en mí. Me doy cuenta que no solo he cometido pecados delante de Dios, sino que hay algo que está mal dentro de mí. Descubro que tengo una naturaleza pecaminosa. Tengo una inclinación interna a pecar, un poder dentro de mí

que me impulsa a pecar. Cuando ese poder se manifiesta, cometo pecados; puedo pedir y recibir el perdón de ellos, pero después vuelvo a pecar.

Así que la vida sigue un círculo vicioso de pecado, de recibir el perdón y después volver a pecar. Yo aprecio el hecho bendito de que Dios me perdona, pero anhelo tener algo más que esto: Quiero libertad. Necesito el perdón por lo que he hecho, pero también necesito libertad de lo que soy.

### **El remedio doble de Dios: La sangre de Cristo y la cruz**

Así que, en los primeros ocho capítulos de Romanos se nos presentan dos aspectos de la salvación: primero, el perdón de nuestros *pecados* y, en segundo lugar, nuestra liberación del *pecado*. Pero ahora, tomando en cuenta este hecho, debemos observar una diferencia adicional.

En la primera parte de Romanos 1 al 8, vemos dos referencias a la sangre de Cristo Jesús en 3:25 y 5:9. En la segunda parte, se introduce una nueva idea en el capítulo 6, versículo 6, donde se nos dice que hemos sido “cru-cificados” con Cristo. El argumento de la primera parte se articula alrededor del aspecto de la obra de nuestro Señor Jesús representada por *la sangre* derramada para nuestra justificación a través de “la remisión de pecados”. Sin embargo, esta terminología no es llevada a la segunda sección; donde el argumento se centra aquí en el aspecto de su obra representada por *la cruz*, es decir, por nuestra unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

Esta es una distinción muy valiosa. Veremos que la sangre se refiere a lo que hemos hecho, mientras que la cruz se refiere a lo que somos. La sangre elimina nuestros pecados, mientras que la cruz llega a la raíz de nuestra capacidad para pecar. Este último aspecto será el objeto de nuestra consideración en los siguientes capítulos.

## El problema de nuestros pecados

Entonces, empezamos con la preciosa sangre de Cristo Jesús y su valor para nosotros al hacerse cargo de nuestros pecados, justificándonos ante los ojos de Dios. Esto se nos presenta en los siguientes pasajes:

Todos hemos pecado (Romanos 3:23).

*Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira (Romanos 5:8–9).*

*Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús (Romanos 3:24–26).*



Más adelante en nuestro estudio, tendremos razón para analizar profundamente la naturaleza verdadera de la caída y la forma de recuperarnos de ella. A estas alturas, solo debemos recordar que cuando vino el pecado, encontró su expresión en un acto de desobediencia a Dios (vea Romanos 5:19). Ahora, debemos recordar que siempre que esto ocurre, lo que normalmente sigue es la culpa. El pecado entra como desobediencia, creando, primero que nada, una separación entre Dios y el hombre, provocando que el hombre se aleje de Dios.

Dios ya no puede tener compañerismo con él, porque hay algo que lo impide, y eso es lo que en las Escrituras se conoce como *pecado*. Por eso, Dios es el primero en decir: “Todos están bajo pecado” (Romanos 3:9).

En segundo lugar, ese pecado que está en el hombre que naturalmente constituye una barrera para tener comunión con Dios, le provoca un sentido de culpa interno —por estar separado de Dios. He aquí un hombre que de por sí, con la ayuda de su conciencia activada, dice: “Yo he pecado” (Lucas 15:18). Pero esto no es todo, porque el pecado le provee a Satanás la oportunidad de acusarnos delante de Dios, y, por otro lado, nuestro sentido de culpa le da también ocasión para acusarnos dentro de nuestro corazón; así es como en tercer lugar, él se convierte en “el acusador de los hermanos” (Apocalipsis 12:10), que ahora dice: “Tú has pecado”. Por tanto, para redimirnos y para devolvernos al propósito de Dios, el Señor Jesús tuvo que hacer algo respecto a estas tres cuestiones del pecado, la culpa, y las acusaciones de Satanás en contra nuestra.

Primero nuestros pecados tuvieron que ser resueltos, y esto se efectuó mediante la preciosa sangre de Cristo. Luego nuestra culpa tuvo que ser resuelta y nuestra conciencia culpable quedar satisfecha al mostrarnos el valor de esa sangre. Y finalmente, los ataques de nuestro enemigo tenían que ser resueltos y contestados.

En las Escrituras, se muestra que la sangre de Cristo obra eficazmente en tres formas: Hacia Dios, hacia los hombres y hacia Satanás.

Por tanto, hay una necesidad absoluta de que nos apropiemos del valor de la sangre de Jesús si es que vamos a seguir nuestra vida cristiana. Este es un principio esencial. Debemos tener un conocimiento básico del hecho de la muerte de nuestro Señor Jesucristo como nuestro sustituto en la cruz, y una apreciación clara de la eficacia de Su sangre en pago por nuestros pecados, porque sin esto, no se puede decir que hemos empezado a andar en Sus caminos.

Veamos más cuidadosamente estas tres materias.

## **La sangre es principalmente para Dios**

La sangre es para redimirnos y tiene que ver en primer lugar con nuestra posición delante de Dios. Necesitamos el perdón de los pecados que hemos cometido; si no, caemos bajo el juicio. Estos son perdonados, no porque Dios pase por alto lo que hemos hecho, sino porque Él mira la sangre del Cordero. Por tanto, la sangre no es principalmente para nosotros, sino para Dios.

Si queremos entender el valor de la sangre, debemos aceptar el valor que Dios le da; y si no conocemos algo del valor que Dios le da a la sangre, nunca comprenderemos cuál es el valor que tiene para nosotros. Solo es por el valor que Dios le da a la sangre de Cristo, según nos revela Su Espíritu Santo, que podemos comprender el beneficio que nos proporciona y podemos entender cuán preciosa es la sangre de Jesús para nosotros.

Pero el primer aspecto de la sangre es hacia Dios. A través del Antiguo y Nuevo Testamentos, la palabra “sangre” se usa en relación con la idea de la expiación (creo que más de cien veces), y siempre es algo para Dios.

En el calendario del Antiguo Testamento solo hay un día que tiene una gran influencia en el asunto de nuestros pecados, y es el día de la expiación. Nada explica mejor este aspecto de los pecados tan claramente como la descripción de ese día. En Levítico 16 encontramos que, en el día de la expiación, la sangre era tomada de la ofrenda por el pecado y llevada al Lugar Santísimo, donde se rociaba siete veces delante del Señor.

Debemos tener esto muy claro. En ese día, la ofrenda por el pecado era ofrecida públicamente en la corte del tabernáculo. Todo se ponía a la vista de todos y todos podían verla. Pero el Señor mandó que ningún hombre podía entrar en el mismo tabernáculo, con excepción del sumo sacerdote. Solo él podía llevar la sangre, y entrando en el Lugar Santísimo, la rociaba para hacer la expiación delante del Señor. ¿Por qué? Porque el sumo sacerdote era un tipo del Señor Jesús haciendo su obra redentora (vea He-

breos 9:11-12), y así prefiguraba al que hacía la obra. Nadie absolutamente podía acercarse ni entrar en el santuario. Es más, solo había un acto relacionado con su entrada a ese lugar, es decir, lo único que hacía era presentar la sangre a Dios como algo que Él había aceptado, algo en lo cual Él encontraba justificación. Era una transacción entre el sumo sacerdote y Dios dentro del santuario, lejos de los ojos de los hombres que serían los beneficiarios de ella. El Señor así lo estableció. Por tanto, la sangre, en primer lugar, no es para nosotros, sino para Él.

Antes de esto, en Éxodo 12:13, se describe el rociamiento de la sangre del cordero en la primera pascua en Egipto para la redención de Israel. Creo que este es uno de los mejores tipos de nuestra redención que se encuentran en el Antiguo Testamento. La sangre fue puesta en el dintel y los postes de las puertas, mientras que la carne del cordero se comía dentro de la casa; y dijo Dios: "...y veré la sangre y pasaré de vosotros". Aquí tenemos otra ilustración del hecho de que la sangre no estaba destinada a ser presentada al hombre, sino a Dios, porque la sangre fue puesta en el dintel y los postes de las puertas, donde no podían verla los que estaban cenando dentro de la casa.

## **Dios queda satisfecho**

Son la santidad y la justicia de Dios las que demandan que se entregue una vida sin pecado por el hombre. Hay vida en la sangre, y esa sangre debe ser derramada por mí, por mis pecados. Dios es el que exige que así sea. Dios es el que demanda que se presente la sangre, para que quede

satisfecha su justicia, porque Él es el que dijo: “...veré la sangre y pasaré de vosotros”. La sangre de Cristo satisface completamente a Dios. En este punto, me gustaría decir unas palabras a mis hermanos más jóvenes en el Señor, porque es aquí donde a menudo nos metemos en dificultades. Como incrédulos, tal vez vivíamos sin que nuestra conciencia nos preocupara, hasta que la palabra de Dios empezó a despertarnos. Nuestra conciencia estaba muerta, y aquellos que viven con una conciencia muerta ciertamente no son útiles para Dios. Pero después, cuando creímos, nuestra conciencia ya despierta, puede llegar a ser sumamente sensible, y esto puede constituir un verdadero problema para nosotros. La convicción de pecado y culpabilidad puede llegar a ser tan grande, tan terrible, que puede hacer que nos paralicemos, haciendo que perdamos de vista la verdadera eficacia de la sangre. Nos parece que nuestros pecados son muy reales y algún pecado específico puede afectarnos tantas veces, que llegamos al punto donde para nosotros son más grandes nuestros pecados que la sangre de Cristo.

El verdadero problema con esto es que estamos tratando de experimentarlo; queremos sentir su valor y estimar subjetivamente lo que significa la sangre para nosotros. No podemos hacerlo; no funciona de esa manera. La sangre es primero para que Dios la vea. Después debemos aceptar la evaluación de Dios para ella. Al hacerlo, es cuando encontramos nuestra salvación. Si, por el contrario, tratamos de llegar a una evaluación por medio de nuestros sentimientos, no logramos nada; seguimos en tinieblas. No, es una cuestión de fe en la palabra de Dios.

Debemos creer que la sangre es preciosa para Dios *porque él dice que así es* (vea 1 Pedro 1:18–19).

Si Dios puede aceptar la sangre como el pago de nuestros pecados y como el precio de nuestra redención, entonces podemos estar seguros de que la deuda ha sido pagada. Si Dios queda satisfecho con la sangre, entonces la sangre debe ser aceptable. Nuestra evaluación de ella es solo válida si va de acuerdo con la de Él, nada más y nada menos. Por supuesto que no puede ser nada más, pero tampoco puede ser menos. Recordemos que Él es santo y justo, y que un Dios santo y justo tiene el derecho de decir que la sangre es aceptable a Sus ojos y que le ha satisfecho completamente.

## **El acceso del creyente a Dios**

La sangre ha satisfecho a Dios; también debe satisfacerlos a nosotros. Por esa razón tiene un segundo valor que se refiere al hombre, porque limpia nuestra conciencia. Cuando estudiamos la epístola a los Hebreos, encontramos que la sangre hace esto. Debemos tener “corazones purificados de mala conciencia” (Hebreos 10:22). Esto es de la mayor importancia. Observe con cuidado lo que dice. El autor no dice que la sangre de nuestro Señor Jesucristo limpia nuestros corazones y después se detiene en su declaración. Nos equivocamos al conectar el corazón con la sangre en esa forma. Puede indicar un malentendido de la esfera en la que obra la sangre y podemos orar diciendo: “Dios, limpia mi corazón de pecado por la sangre”. Dios dice que “engañoso es el corazón más que todas las

cosas, y perverso” (Jeremías 17:9), y que Él debe hacer algo más fundamental para limpiarlo: Debe darnos un nuevo corazón.

Nunca lavamos y planchamos una prenda de vestir que pensamos tirar. Como veremos más adelante, “la carne” es demasiado mala para ser limpiada; debe ser crucificada. La obra de Dios dentro de nosotros debe ser algo completamente nuevo: “Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ezequiel 36:26).

No, no encuentro que se declare que la sangre limpia nuestros corazones. Su obra no es subjetiva de esa forma, sino completamente objetiva, delante de Dios. Es verdad que la obra limpiadora de la sangre se ve aquí en Hebreos 10 en referencia con el corazón, pero es en relación con la conciencia: “corazones purificados de mala conciencia” (Hebreos 10:22). Entonces, ¿cuál es el significado de esto? Significa que algo estaba interfiriendo entre mi persona y Dios, como resultado de lo cual yo tenía una conciencia perversa cada vez que trataba de acercarme a Él. Continuamente me recordaba que había una barrera que se interponía entre Él y yo. Pero ahora, a través de la obra de la sangre preciosa, algo nuevo se ha efectuado delante de Dios que ha retirado esa barrera; y Dios me ha revelado ese hecho a través de Su palabra. Cuando esto ha sido creído y aceptado, mi conciencia se aclara, desaparece mi sentido de culpa y ya no tengo una conciencia perversa delante de Dios.

Todos nosotros conocemos qué precioso es tener una conciencia libre de ofensa en nuestros tratos con Dios. Un

corazón de fe y una conciencia limpia de todas y cada una de las acusaciones son igualmente esenciales para nosotros, porque son interdependientes. En cuanto descubrimos que nuestra conciencia está intranquila, nuestra fe se deteriora, e inmediatamente sabemos que no podemos enfrentarnos a Dios. Por tanto, para poder seguir en comunión con Dios, debemos conocer el valor de la sangre para ponernos a cuentas. Dios mantiene cuentas cortas y somos atraídos cada día, cada hora y cada minuto por la sangre. Nunca pierde su eficacia como la base de nuestro acceso al Padre si tan solo nos apropiamos de ella. Cuando nos acercamos al Lugar Santísimo, ¿con qué derecho nos atrevemos a hacerlo si no es por la sangre?

Por eso quiero hacerme esta pregunta: “¿*En verdad busco entrar a la presencia de Dios por la sangre, o por algo más?*” ¿Qué quiero decir cuando digo “por la sangre”? Lo que quiero decir simplemente es que reconozco mis pecados, que confieso que necesito la limpieza y la expiación, y que vengo a Dios con base en la obra terminada por nuestro Señor Jesucristo. Me acerco a Dios únicamente a través de Sus méritos y nunca sobre la base de mis logros — nunca, por ejemplo, con base en que hoy fui muy paciente o amable, o que he hecho algo para el Señor esta mañana. Todo el tiempo debo venir por medio de la sangre.

La tentación para muchos de nosotros, cuando tratamos de acercarnos a Dios, es pensar que debido a que Dios ha estado tratando con nosotros —porque Él ha estado dando pasos para traernos a algo más dentro de Él y nos ha estado enseñando lecciones más profundas de la cruz— y ha puesto delante de nosotros nuevos estándar



res, que tan solo por cumplir con ellos tenemos una conciencia limpia delante de Él. ¡No! Una conciencia limpia nunca se basa en nuestros logros; solo se puede basar en la obra del Señor Jesús al derramar Su sangre.

Puedo equivocarme, pero creo firmemente que algunos de nosotros estamos pensando en términos parecidos a esto: “Hoy he sido un poco más cuidadoso, hoy estoy mejorando; esta mañana he leído la palabra de Dios en forma más intensa, así que hoy puedo orar mejor”. O bien, “hoy tuve una pequeña dificultad con la familia; empecé el día sintiéndome triste y deprimido; no me siento muy bien ahora; parece que algo anda mal; por tanto, no veo claro el camino como para acercarme a Dios”.

En concreto, ¿cuál es su base para acercarse a Dios? ¿Se acerca a Él sobre la base incierta de sus emociones, sobre el sentimiento de que tal vez ha logrado algo para Dios este día? ¿O su acercamiento se basa en algo más seguro, es decir, el hecho de que la sangre ha sido derramada, y que Dios mira la sangre y queda satisfecho? Por supuesto que, si fuera posible que la sangre sufriera algún cambio, la base de su acercamiento puede llegar a ser menos confiable.

Pero la sangre nunca ha cambiado y nunca lo hará. Por tanto, su acercamiento a Dios siempre es una decisión; y esa decisión es de usted a través de la sangre y nunca a través de sus logros personales. Cualquiera que sea la medida de sus logros hoy, o ayer, o el día anterior, en cuanto usted hace un movimiento consciente hacia el Lugar Santísimo, inmediatamente usted tiene que afirmarse en el

terreno firme y único de la sangre derramada. Ya sea que haya tenido un día malo o bueno, ya sea que usted haya pecado conscientemente o no, el acercamiento siempre es el mismo: la sangre de Cristo. La aceptación de Dios de esa sangre es la base sobre la cual usted puede estar cerca de Él y no hay ninguna otra.

Como sucede con muchos otros aspectos de nuestra experiencia cristiana, el aspecto de acercarse a Dios tiene dos fases: una inicial y otra progresiva. La primera se nos presenta en Efesios 2 y la segunda en Hebreos 10. Inicialmente, nuestra posición con Dios fue asegurada por la sangre, porque en Cristo Jesús hemos sido “hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:13). Pero de ahí en adelante, nuestra posibilidad de acercarnos a Él continuamente sigue siendo por la sangre, porque el apóstol nos exhorta diciendo: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo... acerquémonos con corazón sincero...” (Hebreos 10:19, 22). En primer lugar, me acerqué por la sangre, y para continuar en esa nueva relación, vengo a través de la sangre todo el tiempo. No significa que fui salvo sobre una base y ahora mantengo mi comunión sobre otra distinta.

Usted puede decir: “Esto es muy simple; es como el ABC del evangelio”. Sí, pero la dificultad para muchos de nosotros es que nos hemos distanciado del ABC. Hemos pensado que ya hemos progresado y, por lo tanto, podemos hacerlo a un lado, pero nunca podemos hacer tal cosa. No, mi acercamiento inicial a Dios es por la sangre, y cada vez que vengo delante de Él es lo mismo. Aun

hasta el final, siempre es y será sobre la base de la sangre preciosa.

Esto no significa para nada que debemos vivir una vida descuidada, porque en breve estudiaremos otro aspecto de la muerte de Cristo que nos muestra que no se contempla nada fuera de ella. Pero por lo pronto, quedemos satisfechos con la sangre, que está presente y que es suficiente.

Podemos ser débiles, pero si nos quedamos contemplando nuestra debilidad, nunca seremos fuertes. No podemos tratar de sentirnos mal y penar por ello, porque no nos ayudará a ser siquiera un poco más santos. Ahí no hay ayuda, así que seamos audaces en nuestro acercamiento gracias a la sangre de Jesucristo: “Dios, no conozco completamente cuál es el valor de la sangre, pero yo sé que la sangre de Cristo te ha dejado satisfecho; así que la sangre es suficiente para mí, y esa es mi única súplica. Ahora puedo ver que ya sea que realmente haya progresado, ya sea que realmente haya yo alcanzado algo o no, ese no es el punto. Cada vez que vengo delante de ti, siempre debo hacerlo con la base de la sangre preciosa”. Entonces nuestra conciencia queda completamente tranquila delante de Dios. Ninguna conciencia puede estar nunca tranquila separada de la sangre. Es la sangre la que nos da valor.

“No tendrían ya más conciencia de pecado”; estas son las tremendas palabras de Hebreos 10:2. Somos limpiados de cualquier pecado; y podemos verdaderamente con el apóstol Pablo hacer eco de las palabras de David: “Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Romanos 4:8).

## Venciendo al acusador

A la luz de lo que hemos dicho, ahora podemos encarar al enemigo, porque hay otro aspecto de la sangre que se refiere a Satanás. La actividad estratégica más común de Satanás es acusar a los hermanos (Apocalipsis 12:10), y es en esto donde nuestro Señor lo confronta con Su ministerio especial de Sumo Sacerdote “por su propia sangre” (Hebreos 9:12).

Entonces, ¿cómo obra la sangre de Jesús en contra de Satanás? Lo hace poniendo a Dios al lado del hombre para resistirlo. La caída produjo un estado de cosas en el hombre que le dio a Satanás un pie dentro de él mismo, con el resultado de que Dios se vio obligado a hacerse a un lado. Ahora el hombre está fuera del huerto —lejos del alcance de la gloria de Dios (Romanos 3:23) — porque internamente está lejos de Dios. Debido a lo que hizo el hombre, existe dentro de él aquello que, hasta que sea retirado, deja a Dios moralmente incapaz de defenderlo. Pero la sangre elimina la barrera, y restaura al hombre con Dios y a Dios con el hombre. Ahora el hombre tiene su favor debido a que Dios está de su lado, él puede encarar a Satanás sin temor.

¿Recuerda usted aquel versículo en la primera epístola de Juan? Esta es mi traducción preferida: “Y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.<sup>1</sup> No se refiere exactamente a “todo pecado” en sentido general, sino a cada uno de los pecados, todos ellos. ¿Qué significa esto? ¡Oh!, ¡es algo maravilloso! Dios está en luz; y a medida que andamos en la luz con Él, todo queda expuesto y a la vista

de esa luz, de tal forma que Dios puede verlo todo —y, *aun así*, la sangre es capaz de limpiarnos de todo pecado.

¡Qué gran limpieza! No significa que yo no tengo un conocimiento profundo de mi yo, ni que Dios no tiene un conocimiento perfecto de mí. Tampoco es que yo trato de ocultar algo, ni que Dios trata de pasar algo por alto. No; significa que Él está en luz, y que ahí la sangre preciosa me limpia de todo pecado. ¡La sangre es suficiente para eso!

Algunos de nosotros, oprimidos por nuestras propias debilidades, a veces somos tentados a pensar que hay pecados que son casi imperdonables. Recordemos lo que dice la palabra: “La sangre de Su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado”. Pecados grandes y pequeños, pecados que parecen demasiado negros y pecados que no parecen ser tan negros; pecados que yo creo pueden ser perdonados y aun los pecados que parecen imperdonables —sí, todos los pecados, conscientes o inconscientes, recordados u olvidados, se incluyen en las palabras “todo pecado”. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” y principalmente lo hace porque satisface a Dios.

Puesto que Dios, quien ve todos nuestros pecados a través de la luz, puede perdonarlos con base en la sangre, ¿qué posibilidad de acusación tiene Satanás? Él puede acusarnos delante de Dios, pero: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31). El Señor le señala la sangre de Su amado Hijo. Esa es la respuesta más eficaz contra la cual Satanás no puede luchar: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más

aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:33–34). Así es como Dios responde a cada uno de sus desafíos.

Así que debo insistir en nuestra necesidad de reconocer la completa suficiencia de la sangre preciosa. “...Cristo, sumo sacerdote... por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:11–12). Nos redimió una vez y para siempre. Él ha sido Sumo Sacerdote y Abogado por cerca de dos mil años. Él permanece en la presencia de Dios, y “Y él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 2:1–2). Observe lo que dice Hebreos 9:14: “¿cuánto más la sangre de Cristo..., limpiará vuestras conciencias...?” Estas palabras subrayan la suficiencia de Su ministerio. *Para Dios es suficiente.*

Entonces, ¿qué sucede con nuestra actitud hacia Satanás? Esto es importante, por el pecado él nos acusa no solo delante de Dios, sino también dentro de nuestra conciencia. Nos dice: “Has pecado y sigues pecando. Eres débil y Dios está harto de ti”. Este es su argumento. Y nuestra tentación es mirarnos hacia adentro y auto defendernos tratando de encontrar en nosotros, en nuestros sentimientos y comportamiento, alguna base para creer que Satanás está equivocado. Por otro lado, nos vemos tentados a aceptar nuestra indefensión y si nos vamos al extremo, rendirnos ante la depresión y la desesperanza. De esta manera, las acusaciones se convierten en una de las armas más grandes y eficaces de Satanás. Él nos señala nuestros pecados y busca condenarnos con ellos delante

de Dios; y si aceptamos sus acusaciones, nos derrumbamos inmediatamente.

La razón por la que aceptamos sus acusaciones con tanta celeridad es que todavía estamos esperando tener alguna justicia propia. Pero la base de esta esperanza está equivocada. Satanás ha triunfado al hacernos mirar en la dirección equivocada. Por tanto, gana su argumento, haciendo que quedemos desarmados. Pero si hemos aprendido a no tener ninguna confianza en la carne, nunca dudaremos de que pecamos, porque la misma naturaleza de la carne es pecar. ¿Comprende usted lo que digo? Es debido a que no hemos llegado a apreciar nuestra verdadera naturaleza y aceptar cuán indefensos estamos, que todavía albergamos en nuestro interior alguna esperanza en nosotros, con el resultado que, cuando Satanás llega y nos acusa, nos derrumbamos ante ello.

Dios puede muy bien manejar nuestros pecados; pero Él no puede manejar a un hombre que está bajo acusación, porque ese hombre no está confiando en la sangre. La sangre habla en su favor, pero él está escuchando a Satanás. Cristo es nuestro Abogado, pero nosotros, los acusados, nos alineamos con el acusador. No hemos reconocido que somos indignos de cualquier otra cosa que no sea la muerte, que, como veremos más adelante, no somos dignos más que de ser crucificados. No hemos reconocido que es sólo Dios quien puede responder al acusador y que, gracias a la sangre preciosa, ya lo ha hecho.

Nuestra salvación se basa en mirar al Señor Jesús y en ver que la sangre del Cordero ha cumplido con todo

el conflicto creado por nuestros pecados y lo ha resuelto. Ese es el fuerte cimiento sobre el cual nos sostenemos. Nunca debemos tratar de responder a Satanás con nuestra buena conducta, sino siempre con la sangre de Cristo.

Sí, somos pecadores; pero — ¡gloria a Dios! — la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. Dios mira a la sangre por medio de la cual Su Hijo ha enfrentado los cargos, y Satanás ya no tiene ninguna base para atacarnos. Nuestra fe en la preciosa sangre y nuestro rechazo a ser movidos de esa posición puede silenciar los cargos y hacer que huya de nosotros (vea Romanos 8:33–34). Y así seguirá siendo, hasta el final (vea Apocalipsis 12:11). ¡Oh, cuán grande emancipación experimentaríamos si viéramos con mayor aprecio el valor que tiene la sangre de Su amado Hijo a los ojos de Dios!